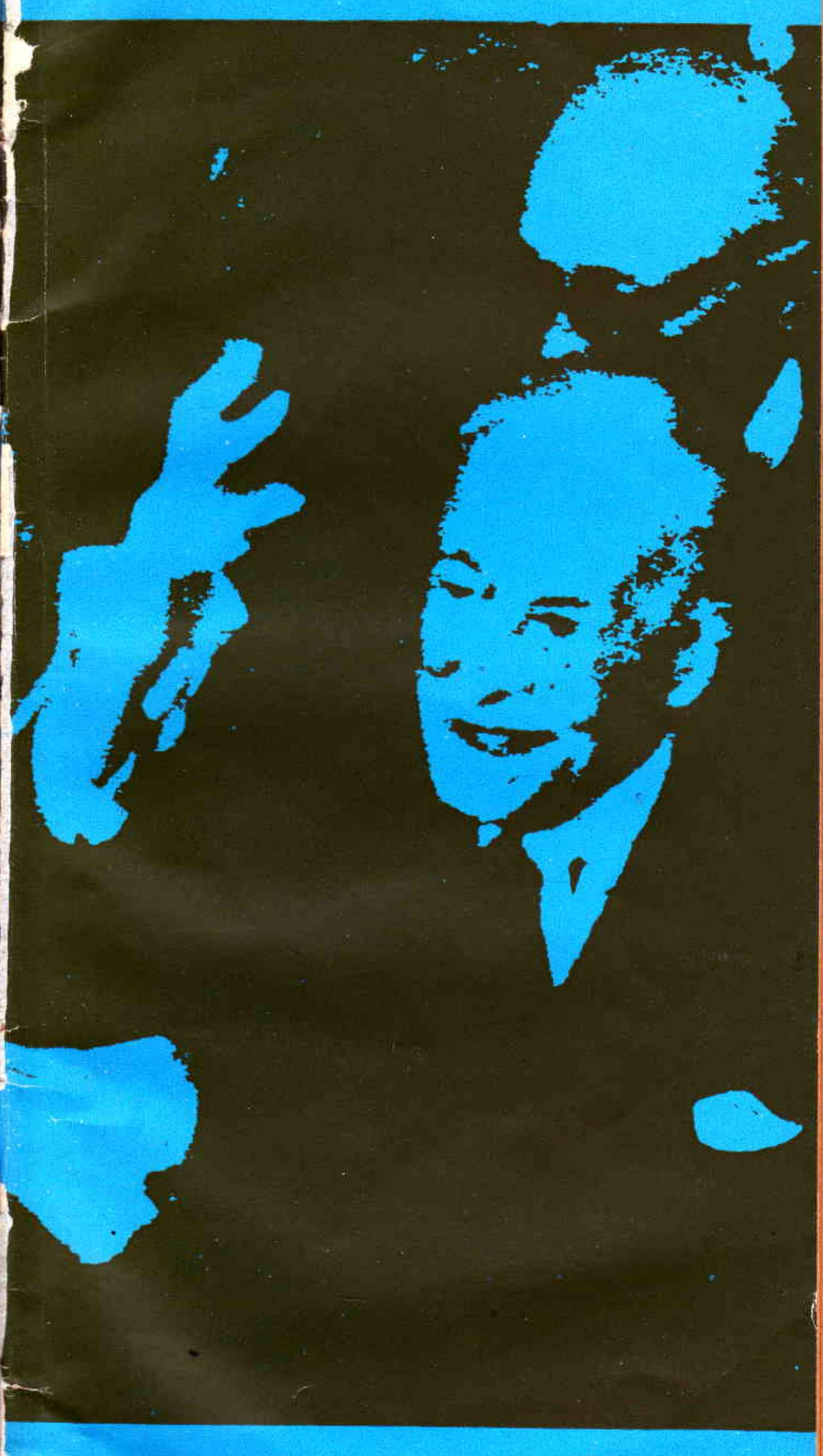
EL PENSAMIENTO DE HERRERA



EL PENSAMIENTO DE HERRERA

EL PENSAMIENTO DE HERRERA

HERRERA Y EL PARTIDO NACIONAL

Cronología y selección de textos
Carlos Real de Azúa

20

[Herrera y el Partido Nacional]

1872—Reorganización del Partido Blanco en Partido Nacional; el "Club Nacional" y el "programa de principios" de Agustín de Vedia.

1873—(22-VII): nacimiento de Luis Alberto de Herrera; sus padres: Juan José de Herrera, ex-Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Bernardo P. Berro y Manuela Quevedo Lafone.

1883—1889; estudios preuniversitarios en Montevideo y Buenos Aires.

1891—1895; estudios en la Facultad de Derecho.

1892—(19-VI): discurso de homenaje a Leandro Alem en representación de los estudiantes de Montevideo; "Las primeras ideas" (periódico, con Juan Andrés Ramírez y Leonel Aguirre).

1893—(15-V): Primer discurso político en el "Club Defensores de Paysandú".

1894—(9-VII): discurso de Tucumán en el 78º aniversario de la declaración de la independencia argentina.

1894—(27-VI): profesor sustituto de Historia americana y nacional.

1895—(VII): fundación de "El Nacional" (Luis Ponce de León, Luis Pastoriza y Eduardo Acevedo Díaz); 15-IX: ingreso de Herrera en el diario.

1896—(XI): movilización militar del Partido Nacional bajo la dirección de Saravia; 28-XI: Herrera fuga a Buenos Aires para evitar la represión junto con Florencio Sánchez, Carlos Roxlo y Luis Ponce de León.

1897—(III a XI): Revolución nacionalista concluida por el Pacto de la Cruz. Participación de Herrera, uno de "los 22" de Diego Lamas y ayudante de este jefe en los combates de Tarariras, Tres Arboles (17-III), Cerros Blancos, Aceguá, Sepulturas y Nico Pérez; redactor de "La Revolución Oriental", periódico de la revolución.

1898—Publicación de *Por la Patria* (recuerdos de la guerra civil).

1898—Muerte de Juan José de Herrera y renuncia de su hijo a la candidatura a diputado por Cerro Largo.

1900—Herrera, juez de paz de la 6ª sección de Montevideo; ideas sobre "El acuerdo de los partidos".

1901—Nombramiento de secretario de legación en los Estados Unidos y México.

1901—*La tierra charrúa.*

1901—Trabajo sobre "Ventajas e inconvenientes en nuestro país del aumento del número de personas que adquieren títulos para ejercer profesiones liberales".

1902—1903: Permanencia en los Estados Unidos y Canadá en calidad de encargado de negocios de la República.

1903—1904: Conclusión de la carrera de abogado.

1903—(III): A raíz de la elección de Batlle a la Presidencia, levantamiento nacionalista concluido en el Pacto de Nico Pérez.

1904—(I-IX): Revolución nacionalista concluida por la muerte de Saravia y la Paz de Aceguá.

1904—(6-I): Herrera, de regreso de los EE.UU., renuncia a su puesto diplomático; 19-I: Batlle decreta su "cese"; actividad de Herrera entre Montevideo, Buenos Aires y el campo revolucionario; propaganda de la revolución en la prensa argentina: "Motivos de la nueva revolución oriental" ("La Prensa" (2-IV); "La guerra civil en el Uruguay" (I-V, en "Revista de Derecho, Historia y Letras"); su intervención en Masoller tras la muerte de Saravia para evitar el desbande del ejército (1-IX); redacción de las bases nacionalistas para la Paz de Aceguá (24-IX); folleto sobre "El programa de la revolución; las verdaderas bases de paz".

1904—(8-XI a 1906) Publicación de "La Democracia" (con Carlos Roxlo).
1904—*Desde Washington* (Montevideo, 1903 (sic): correspondencias enviadas al diario "El Día".
1905—*Labor diplomática en Norteamérica.*
1905—(23-II y 22-VI): presentación del lote de proyectos sobre reglamentación del trabajo, organización sindical y contratos laborales conjuntamente con Carlos Roxlo y Julián Quintana.
1906—Persecuciones a "La Democracia" y detención de Herrera; intensa labor opositora.
1906—(22-IV) Duelo con Ruperto Michaelson Pacheco, pariente de Batlle.
1906—Viaje a Europa (con Bernardo Rospide y Julián Quintana).
1907—División del Partido Nacional entre "conservadores" y "radicales" lucha contra la "ley del mal tercio" y propuesta de representación proporcional de Aureliano Rodríguez Larreta.
1908—Matrimonio de Herrera con Margarita Uriarte, viuda de Heber.
1908—*La doctrina Drago y el interés del Uruguay.*
1908—*La diplomacia oriental en el Paraguay* (I).
1910—*La Revolución Francesa y Sudamérica* (París).
1910—Tentativa revolucionaria de Basilio Muñoz; abstención nacionalista; prosecución de la división de "radicales" y "conservadores.
1910—Actuación inicial de Herrera en congresos rurales.
1910—(1-IX) Primera participación en el Directorio del Partido Nacional (Secretario de Actas) bajo la presidencia de A. Vásquez Acevedo.
1911—*La diplomacia oriental en el Paraguay* (II).
1912—Aparición de "El Diario del Plata".
1912—*El Uruguay internacional* (París, Bernard Grasset).
1912—*La Révolution Française et l'Amérique du Sud* (Paris, Grasset).
1913—Candidato a senador por Río Negro.
1913—(6-XI): entrevista en Montevideo con "Teddy" Roosevelt.
1914—Aparición de "El Plata".
1914—Viaje al Paraguay en gesto de solidaridad histórico-política.
1914—1917: diputado por Río Negro.
1915—(12-VIII): Herrera, contra la mayoría de su partido, declara su "reformismo" en materia constitucional.
1915—Herrera, autor del nuevo programa partidario.
1916—Intensa campaña nacionalista contra la propuesta colegiada de Batlle ("apuntes" de 1913); 30-VIII: triunfo nacionalista en las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente (primera con voto secreto, representación proporcional y sufragio de los analfabetos): 105 convencionales en 218.
1916—1917: Herrera constituyente.
1916—1919: "El Pueblo", diario de Lorenzo Carnelli.
1917—*Tres años de Cámara* (prólogo de "Acción parlamentaria").
1917—*Acción parlamentaria* (la labor de 1914-1915).
1917—Delegado del sector nacionalsta de la Cámara en la Embajada al Brasil en homenaje a Lauro Muller, presidida por Baltasar Brum.
1917—Fracaso de Herrera en la irregular elección a senador por Paysandú.
1917—1918: renuncia a su candidatura a integrar el nuevo Consejo Nacional de Administración.
1918—1924: primeras formalizaciones de la prolongada lucha entre "demócratas" y "conservadores" dentro del Partido Nacional; choques de Herrera con los "doctores" a propósito del pacto secreto con Viera; definición de "herreristas" y "lussichistas" (Arturo Lussich, J. A. Ramírez, Martín C. Martínez, Leonel Aguirre, etc.).
1918—Fundación de "El País" (Aguirre, Eduardo Rodríguez Larreta, Washington Beltrán).
1919—Candidaturas de Herrera a senador por Treinta y Tres y Flores.
1919—Proyecto Carnelli de jubilación de trabajadores ferroviarios y colaboración de Herrera en el texto.
1919—Elecciones nacionales para Cámara de Diputados y gobiernos municipales; el Partido Nacional con 14.169 votos de diferencia en contra respecto al Partido Colorado en un total de 188.352 sufragios.
1919—*Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay* (continuación de "La diplomacia...").
1919—*Uno que vio* (sobre el 30 de julio y el pacto colegiado).
1920—*La clausura de los ríos* (continuación de "La diplomacia...").
1920—*La encuesta rural.*
1920—(30-V) Herrera, Presidente del Directorio del Partido Nacional.
1920—Congreso de Florida, del Partido Nacional.
1920—Duelo Batlle-Beltrán y muerte del segundo.
1920—Primeras bases de organización del Radicalismo Blanco.
1920—Elecciones nacionales para Consejo Nacional de Administración y Cámara de Senadores: el Partido Nacional con 7.807 votos de diferencia en contra con respeto al Partido Colorado en un total de 176.772 sufragios.
1921—(14-X): carta-reto de Herrera a José Batlle y Ordóñez.

1921—(24-V). El Directorio presidido por Herrera pasa los antecedentes de Carnelli a la Convención del partido, que lo expulsa: "las puertas del partido se abren de afuera hacia adentro y de adentro hacia afuera".
1921—Programa del Radicalismo Blanco.
1921—Reaparición de "La Democracia".
1922—Elecciones nacionales para Presidencia, Cámara de Diputados y Senadores (parcial) y gobiernos departamentales: el Partido Nacional con 7,199 votos de diferencia en contra respecto al Partido Colorado en un total de 246.322.
1922—Primera candidatura de Herrera a la Presidencia de la República (contra el Ing. José Serrato): 116.080 sufragios (47 % de la votación).
1922—(23-V): Renuncia de Herrera a la Presidencia del Directorio; creciente división entre "herreristas" y "lussichistas".
1922—(22-XII). Duelo de Herrera con Baltasar Brum.
1923—Viaje de Herrera a Europa.
1923—*Una etapa* (la campaña presidencial contra Serrato).
1923—*En la brecha* (la labor del Directorio; París).
1924—De nuevo presidente del Directorio.
1925—Año de elecciones: Febrero: un tercio del Consejo Nacional de Administración y Senadores: El Partido Nacional con 3.400 votos de diferencia en contra respecto al Partido Colorado en un total de 241.910 sufragios pero triunfa pues 7.137 "vieristas" votan fuera del lema común como Partido Colorado: Herrera y Martínez consejeros.
1925—El Partido Nacional: 42 % del sufragio de Montevideo; 52 % del sufragio del interior.
1925—(13-V). Herrera, presidente del Consejo Nacional de Administración (1925-1927) en el que permanece hasta 1931; renuncia a sus sueldos.
1925—(XI). Elecciones para Cámara de Diputados y Gobiernos Departamentales: el Partido Nacional con 12.087 votos de diferencia en contra respecto al Partido Colorado en un total de 271.468 (pero 4.677 "blancos radicales" votan fuera del lema).
1926—*El drama del 65: la culpa mitrista.*
1926—Segunda candidatura presidencial de Herrera (contra el Dr. Juan Campisteguy): 139.959 sufragios en 289.131 (48 %): pierde el cargo pues 3.844 "blancos radicales" votan fuera del lema).
1927—Choques con Batlle, ingresado al Consejo como Presidente, hasta la licencia definitiva de este último (15-VIII).
1927—(20-VIII): viaje a Europa; (16-XII): decreto de Campisteguy encomendando a Herrera misión para retribuir las visitas de príncipes ingleses e italianos al Uruguay; con la mitad del viático recibido Herrera hace copiar la documentación de la intermediación inglesa en el Río de la Plata (1827-1828).
1927—1928: choques con Lussich y Martínez en el seno del Consejo Nacional a propósito de nombramientos y criterios partidarios.
1928—(16-V). Regresa Herrera a Montevideo.
1928—*Sin nombre* (reflexiones en Europa).
1928—Elecciones nacionales para un tercio del Consejo Nacional de Administración, Cámara de Diputados, Senadores (parcial) y Gobiernos Departamentales: el Partido Nacional con 2.725 sufragios en contra respecto al Partido Colorado pero 3.715 "blancos radicales" votan fuera del lema.
1928—1929: lucha contra "el colegiado de la olla", primera manifestación del reparto de la administración.
1919—Herrera, primer vocal del Directorio del Partido Nacional.
1929—"Agrupación Demócrata-Social", nacionalista de Carlos Quijano.
1929—1930: primeras asambleas anticolegialistas blancas; trabajos revolucionarios de Nepomuceno Saravia desautorizados por el Directorio.
1930—*La misión Ponsonby.*
1930—Elecciones nacionales para la Presidencia de la República, un tercio del Consejo Nacional y Senadores: el Partido Nacional con 15.185 sufragios de diferencia en contra respecto al Partido Colorado en un total de 318.760; el Partido Nacional: 39% del sufragio de Montevideo; 50 % del voto del resto del país.
1930—Tercera candidatura presidencial de Herrera (contra el Dr. Gabriel Terra) 132.345 votos en 318.760 (41 %).
1930—División electoral del nacionalismo; tres listas para el Consejo Nacional y candidatura presidencial alternativa (antiherrerista) del Dr. Eduardo Lamas (18.087 votos).
1930—(XII): campaña de denuncias de coacción oficialista por parte del sector "herrerista".
1930—1931. "El Nacional" de Carlos Quijano.
1931—1932: escisión del Partido Nacional en "herrerismo" y "nacionalistas independientes"; "ranas" contra "avestruces" (13-I-31); 2-II-31 elec-

ción del Comité Ejecutivo Herrerista; VI-31: derrota de Herrera en la Convención del Partido; proyecto Rodríguez Larreta-Andreoli de coparticipación partidaria en la administración pública, campaña herrerista contra ella: "el pacto del chinchulín".

1931—(29-VI): fundación de "El Debate".

1931—1933: Campaña herrerista contra el Colegiado y por el plebiscito constitucional.

1931—Elecciones nacionales de Cámara de Diputados y gobiernos departamentales: 18.168 votos de diferencia en contra del Partido Nacional respecto al Colorado en un total de 309.048 (3.367 blancos radicales votan fuera del lema).

1932—Herrera ofrece sus servicios al Paraguay en su guerra con Bolivia y es promovido a general.

1932—Elecciones nacionales para designar un tercio del Consejo Nacional y senadores con abstención "herrerista" y "riverista": 160.625 sufragios en total.

1933—(I): entrevista Herrera-Terra.

1933—(31-III), el grupo "nacionalista-independiente" resiste el golpe de Estado del Presidente Terra, que apoya el herrerismo; "los soldadados tranquilos del Dr. Terra".

1933—Elecciones para la Convención Nacional Constituyente, con abstención "batllista neta" y "nacionalista independiente": 29.342 votos de diferencia en contra del Partido Nacional (herrerista) respecto al Partido Colorado (oficialista) en un total de 246.885 sufragios (unas cien mil abstenciones).

1933—Herrera, miembro de la III Convención Nacional Constituyente.

1934—(21-III): plebiscito de ratificación constitucional y elección de la totalidad de las autoridades nacionales.

1934—(5-V): ley de "lemas".

1934—Plataforma de principios del Partido Nacional Independiente (proyectos de Eduardo Rodríguez Larreta y Carlos Quijano).

1934—1938: Herrera, senador.

1935—El grupo de Otamendi, Patrón, González Olaza, etc., se separa del herrerismo.

1937—Herrera embajador ante Gran Bretaña en las fiestas de coronación de Jorge VI.

1937—1939: *La paz de 1828* (complemento a "La Misión Ponsonby"; en revista del Instituto Histórico y Geográfico (t. XIII, págs. 3-106; XIV, págs. 3-76; XV, págs. 55-97).

1938—Elecciones nacionales (totales); fórmula presidencial herrerista: Juan José de Arteaga-Carmelo Cabrera; congregación del "otamendismo" en torno al lema "Cándida Díaz de Saravia"; 98.318 sufragios de diferencia en contra del Partido Nacional (incluyendo en él 6.487 votos del lema antedicho) respecto al Partido Colorado en un total de 375.771 sufragios emitidos.

1938—1942: Herrera, reelecto senador.

1939—Ley sobre sublemas.

1940—"La Paz de 1828" separata del t. XV de la Revista del Instituto...".

1940—A raíz de la actitud del herrerismo en materia internacional se inicia la exclusión del herrerismo (de la Junta Consultiva para la Reforma Constitucional, de la Comisión Investigadora de Actividades Antinacionales (15-V-40); "ley de asociaciones ilícitas" (18 VI-40; 25-IX-40).

1940—(14-XII; 29-XII) Herrera recibe la visita y el apoyo de una delegación de nacionalistas neutralistas argentinos presidida por Manuel Gálvez.

1941—*Orígenes de la Guerra Grande* (I, II) (informes de Baradère y Hood); antes y parte en Nos. 22, 24, 27 y 30 de "Revista Nacional", Montevideo, 1939-1940).

1941—Reintegro de Otamendi al Partido Nacional herrerista.

1941—(24-III): herreristas y blancoacevedistas ganan la elección de mesa de la Cámara de Diputados y se profundiza la ruptura del herrerismo y el oficialismo.

1941—(9-XII): debate en el Senado sobre la agresión japonesa a Pearl Harbor y la conducta internacional de la República.

1942—(21-II). Golpe de Estado del Presidente Baldomir.

1942—(9-III): constitución de un Consejo de Estado con exclusión de los herreristas.

1942—(13-VII): concesión del lema "nacionalismo independiente" (ley 10.192).

1942—Elecciones nacionales (totales): 130.334 votos de diferencia en contra del Partido Nacional(incluyendo en él 67.030 sufragios nacionalistas-independientes) respecto al Partido Colorado "cuarta candidatura de Herrera (fórmula Herrera-Berro) contra la fórmula Amézaga Guani, 130.334 votos en un total de 574.073 (22 % del voto público).

1943—(8-X): muerte de Margarita Uriarte de Herrera.
1943—Edición-homenaje en Buenos Aires de "La diplomacia Oriental en el Paraguay" (I-IV) bajo el lema "Fortior in adversis resurgere".
1944—1945: campaña contra el gobierno de Amézaga y las "implicancias" político-empresarias.
1946—*Por la verdad histórica* (Montevideo-Buenos Aires) sobre Oribe y la Guerra Grande, artículos publicados en "El Debate" del 1-VIII-43 al 8-X-44).
1946—*El Canadá visto y leído* (de "Desde Washington").
1946—Elecciones nacionales: 39.421 votos de diferencia en contra del Partido Nacional (incluyendo en él 62.955 votantes bajo el lema "Nacionalismo Independiente") respecto al Partido Colorado: 31% del voto público en Montevideo; 46% en el resto del país (incluyendo en el P. Nacional a la fracción independiente), quinta candidatura presidencial de Herrera (fórmula Herrera-Echegoyen) contra la fórmula Berreta-Batlle Berres, etc.: 208.120 votos en un total de 665.136 31 % del voto total).
1947—*La seudo historia para el Delfín* (I, II: sobre la Guerra Grande).
1950—Elecciones nacionales: 116.079 votos de diferencia en contra del Partido Nacional (incluyendo en él 62.701 "nacionalistas independientes" que votan bajo lema separado) respecto al Partido Colorado en un total de 823.029. Sexta y última candidatura presidencial de Herrera (fórmula Herrera-Echegoyen) contra las fórmulas encabezadas por Martínez Trueba, Mayo Gutiérrez y Blanco Acevedo: 254 834 sufragios en un total electoral de 823-829 (30% del voto público).
1951—*Antes y después de la Triple Alianza.* (cierra la lista de sus obras).
1951—Herrera y su partido adhieren al proyecto de restauración colegialista propiciado por el Presidente Martínez Trueba y sostenido por el grupo de "El Día" y el blanco-acevedismo.
1953—Iniciación de la edición de sus "obras completas". "Por la Patria" (con *La Raíz,* 1939).
1954—División del Nacionalismo Independiente entre "Reconstrucción Blanca" que decide votar bajo el lema Partido Nacional y el grupo de "El Plata" que lo hará ese año como en oportunidades anteriores. División del "herrerismo" entre el grupo de Herrera ("Herrera-Viña-Gilmet") y el Movimiento Popular Nacionalista de Fernández Crespo y la Lista 51 de Montevideo al que se pliega Eduardo Víctor Haedo. Herrera, Viña y Fernández Crespo consejeros nacionales (1955-1959) electos en los comicios de noviembre: las listas de Herrera consiguen 160.738 votos en 342.159 de todos los grupos nacionalistas.
1955—El herrerismo rechaza la unidad con el Movimiento Popular Nacionalista y Reconstrucción Blanca.
1955—1956: lucha entre "intransigentes" y "reconstructores" dentro de la fracción nacionalista independiente.
1956-1958: incesante lucha de Herrera contra Luis Batlle dentro del Consejo Nacional de Gobierno: 27-XII-56: "ni me callo ni me voy".
1956—Nueva división del herrerismo a raíz de la nueva actitud reformista anticolegialista de Herrera; 26-V y 27-VIII: declaraciones del Directorio del Partido pro-reforma constitucional; ruptura de Herrera y el consejero Viña; reconciliación con Haedo.
1956—1958: alianza de Herrera con el "ruralismo" de Benito Nardone en la campaña contra el Colegiado; la incriminación de "loqueseísmo"; polarización del herrerismo entre "viñistas" y "haedistas".
1958—Constitución de la Unión Blanca Democrática (Reconstrucción Blanca, Movimiento Popular Nacionalista y Nacionalismo Independiente).
1958—Elecciones nacionales del 30-XI: triunfo del Partido Nacional por 499.425 votos en 1.005.362 (49,7 %); triunfo del herrerismo dentro del Partido Nacional por 11.290 votos sobre la U.B.D.; el Partido Nacional recoge el 43 % del sufragio de Montevideo y el 54 % en el interior del país.
1959—(11-III); Herrera se distancia rápidamente de Benito Nardone a raíz del estridente filo-yankismo de este último.
1959—(6-IV) Muerte de Luis Alberto de Herrera, a los ochenta y cinco años de edad.

La raíz

En estos países todo es nuevo y todos somos de ayer. La mejor genealogía es la de la conducta y más interesa lo venidero que lo pasado. Así tomamos la pregunta, mejor contestada en el libro de Azarola Gil "Veinte Estirpes del Río de la Plata".

Concretando, y en cuanto recordamos, por padre abuelo, el coronel Luis de Herrera, Jefe de Policía de Montevideo en 1885 y en 1857, capitán de Puertos, Ministro de Guerra, oficial de la escolta de Alvear en Ituzaingó, participa con Rivera en la campaña de Misiones; antes, en Ombú y Camacuá. Senador, muere expatriado, después de la caída de Berro.

Fue su padre (mi bisabuelo paterno) Luis de Herrera, argentino, trasladado a Montevideo como funcionario de Hacienda.

Fue su madre (mi bisabuela) Gervasia Basabilbaso, argentina, hija del primer Director de Correos de Buenos Aires.

Mi abuelo paterno, Luis de Herrera, casó con María Inés Pérez Muñoz, hija de Pedro Gervasio Pérez (de los muchos Pérez fundadores de Montevideo), hermano de don Juan María Pérez, Ministro de Hacienda de Oribe, casado con María Josefa Muñoz, hermana de Francisco Joaquín Muñoz, también ministro de Oribe y luego de la Defensa.

Abuelos, etc., maternos: Manuela Quevedo (mi madre) era hija de Juan Quevedo y Alsina, argentino, hijo de Francisco Prieto de Acevedo, español, casado con Manuela Alsina, argentina.

Juan Quevedo (mi abuelo) casó con Pilar Antuña, oriental, hija de Francisco Solano de Antuña, oriental, constituyente, senador, ministro, vicepresidente de la República.

Mis tíos: Alfredo de Herrera, como sus hermanos, educado en París, luchador, industrial, muy criollo, vivió en el campo. Funda con don Lucas Herrera y Obes la fábrica de conservas "La Trinidad", en Santa Lucía. Todavía existe en Soriano la localidad "Pulpería de Herrera". Periodista, senador por San José, soldado con Arrúe, en Perseverano.

Mi otro tío, Luis Pedro de Herrera, ultimado malamente en el Colorado, por sublevados de César Díaz, a los 25 años. Dispersos sus soldados, quedó solo con su asistente, siendo sacrificados, sin rendirse. Por él, me pusieron Luis.

Mi tía, María Inés S. Herrera de Morales, madre de Carlos Morales, síntesis de perfecciones cívicas y privadas.

Mi madre, dulce, jovial. Huérfana, la educó como hija, su tía María Quevedo de Lafone, al modo estrictamente británico. Poseyó las disciplinas de la raza y por eso fue protestante práctica. De ideas amplias. Su vida fue su hogar. Todos los domingos marchaba con nosotros al templo inglés de la calle Treinta y Tres.

Ella nos imprimió su sello. Era señora de su casa. Bajo su diaria vigilancia, nos hizo a su modo, enseñándonos, con el ejemplo suyo, también la otra religión: la del deber. Culta, muy lectora, pero atenta, siempre y sobre todo, a la devoción familiar. Su ley, era obrar bien siempre, nunca hacer daño, enseñar honor a su prole. No padecía intransigencias políticas. Formada en un hogar extranjero, unitario además, por padre argentino, y federal, por madre uruguaya —ecuánime por educación británica— la tolerancia era su rasgo fundamental. Con inquebrantable tenacidad, me daba ella misma lecciones de inglés, hasta conseguir dentro del criollito un

inglés, que, aunque no parezca, ahí está enclavado en las ideas y rigiéndolas: firmes, probas, tranquilas y reguladas por la razón.

Además, mi madre nos acostumbró a vivir, para todo, dentro del propio nido. Hogar modesto y austero, ese era todo nuestro mundo. Con ventanas abiertas al exterior. Casa hospitalaria, pero donde poco entraban los de afuera, salvo las excepciones del afecto familiar. Así crecimos, en la ignorancia de bajas emulaciones, sin orgullos absurdos, iguales a todos, en la obligación. Y así iguales todos los días, sin lujo ni sobresaltos, ni impaciencia de nada mejor.

Era mi padre, grave, callado, parecía siempre abstraído. Yo le tenía un respeto idolátrico —y así todos mis hermanos, aún casados— que lo colocaba en un plano superior, al modo de los españoles. Un reto suyo era una catástrofe casera. Ahora me reprocho esa distancia jerárquica, llevada hasta el culto, que me impidió penetrar más en él. Irradiaba fuerza moral. Su solo aspecto infundía consideración. Había en él un no sé qué de personaje. Sin empaque, sin la menor arrogancia, sin embargo su presencia creo que involuntariamente llamaba a preguntar ¿quién es?

Parecía que naturalmente sólo se le podía decir "Don Juan José". Así siempre yo lo sentí como hijo. ¡Darle un disgusto, pasar mal un examen! Eso era para nosotros aplastante. ¡Qué diría él al saberlo!

Recuerdo que cuando salí mal en latín, tuve el primer gran dolor de mi niñez. Me era insoportable la idea de que mi padre lo supiera y se disgustara. Mi madre me ayudó a que no lo supiera. Ingenuo de mí, entonces, ¡si lo habrá sabido!

Cuando la emigración a Buenos Aires, después del Quebracho, mi padre me llevó hasta la puerta de la nueva escuela, en la calle Bolívar. Al dejarme allí, me dijo, siempre serio: "Espero, mi amigo, que usted sabrá honrar el nombre de su país". ¡Y yo tenía doce años!... Aquella consigna de honor, que para mí sonaba como un mandato superior, contuvo muchos días mi natural travieso y la defensa enérgica frente a la rudeza de los otros, que, de entrada, por nuevo y por extranjero y desconocido, me provocaban riña, hasta que un día, ya "lleno", olvidé la consigna paterna y me tomé a golpes y conseguí vencer a uno de los tantos gratuitos agresores. Colegio de férrea disciplina, fui penitenciado, pero la más temida penitencia fue "la de casa", al retorno, que no falló. En lo íntimo "quand même", quedé contento: ¡no me había dejado avasallar! Dentro de mi ingenuidad infantil y a pesar de la reverencia a los dichos sacramentales de mi padre, tuve la impresión confusa de que no había defraudado del todo sus instrucciones al no dejarme estropear la cara.

¡Las deliciosas reminiscencias del tiempo primero!

Físicamente era mi padre un noble ejemplo humano. También así en lo espiritual. Ahora lo veo y lo comprendo mejor; más a fondo. Orgánicamente austero. Repudio instintivo a las cosas inferiores. Desde su silencio, que solía abrirse y dejar escapar resplandores y aún jovialidades, en las expansiones de la sobremesa, frente al visitante o pariente venido del extranjero, o al amigo de intimidad. Entonces le oíamos nosotros, chicos, con respetuoso embeleso. ¡Hablaba el padre y decía cosas elevadas! Ahora, leo con deleite en esas memorias.

Era un ciudadano. Quizás, esa define su principal arista. Un romántico que tal vez se ignoraba y cuya cuerda más sensible era la de la patria, la del civismo. Proceder bien, rectamente, sin engaño, sin bajeza, así en lo privado como en lo público. De frente, siempre por caminos derechos. Jamás le adiviné una pobre pasión. Nunca le incomodó el éxito ajeno. En cambio, lo indignaba el triunfo de la iniquidad y de la mentira. Raramente me penitenció; pero lo hizo con severidad, cuando creyó que incurría en mentira. Sin descontar alguna que otra sacudida, el mayor castigo era apelar en mí

¡criatura! al sentimiento del deber, exaltar las reglas del honor.

Empezaba por ejemplarizarlo con su propia conducta. Así siempre, en lo privado como en lo público. Hogar modesto, que nunca tuvo lujos, a menudo expuesto al duro rebote económico de las contingencias políticas.

En efecto, a raíz de la Tricolor, emigración por meses muy largos, casi definitiva, a la Argentina, al calor de la hospitalidad generosísima de los Beláustegui, con quienes los que siguieron, aún mantienen deuda de cariño. Lo mismo después del Quebracho; por más de un año ausente, la familia entera. A no sobrevenir la Conciliación de 1887, allá hubiéramos quedado. Así en 1896, para preparar "el 97". Ahí veo otra vez, a mi padre cómo era, de una pieza: integral. Viejo, pobre, enfermo —ya herido por la diabetes— acepta ponerse al frente de la quijotesca aventura. ¡No escarmentado, a pesar del 65, 70, 75 y 86! ¡En su ley acabaría!

De presidente del Directorio nacionalista —veteranos y fieles, con poca gente a la espalda, licenciado estaba el partido, casi muerto para siempre parecía, lo mismo que el civismo, sin esperanza— pasa a ser presidente de la Junta de Guerra improvisada en Buenos Aires.

Delirio patriótico, que realiza el milagro. Allí están, muy solos, con él Tomé, Golfarini, Duvimioso Terra, Carlos María Morales, Leandro Gómez —¡nombre que ardía como brasa!—, Gotuzo, el doctor Jacobo Berra. De allí salió el poema de Diego Lamas y su desembarco, que por lo libertador y pasmoso en desafíos y fortuna, no desmerece del otro...

Bajo dictado de mi padre escribí cartas suyas a los Jackson y Buxareo, apelando a grandes recuerdos de juventud y pidiéndoles recursos para la desamparada empresa. Con generosidad, los dieron, grandes, en homenaje, quizás y sólo, a las evocadas memorias; porque aquello debió parecerles locura, sí, sublime locura. También con él —él diciendo y yo escribiendo— enmendamos el manifiesto de la Revolución, ya impreso en prueba, quitándole posible sectarismo.

Un día desaparecí... Mi padre quizás temiéndolo, una sola vez me abordó apuntándome el deber filial y la pena de la madre dolorida. Tenía razón; pero yo hacía tiempo que en mis adentros, había prometido otra cosa... No tenía más remedio que desobedecerle; cumplir en el caso, lo que él me había enseñado, el deber.

Al retorno, nada me dijo; pero yo ya me había "hecho" y empezaba a comprender las cosas del alma: el silencio de mi padre, esta vez no me asustó...

Con los apuntes de la campaña escribí, como pude, un librito. ¡Cuánto afán no puse en aquellas trabajadas carillas! ¡De las primeras! Con fervor puse el primer ejemplar sobre la mesa de mi padre. Pasaban días y nada me decía. Yo anhelaba su opinión. En mi zoncera de joven, creía merecerla buena. Hay que disculparles esas cosas a la edad. Ansioso, al fin le pregunté:

—¿Qué te parece mi libro? ¿Lo has visto?

—Sí; lo que me parece es que usted todavía no sabe poner las comas.

Y ahora releo aquello y siento que tenía razón. Así eran sus cariños en la expresión verbal: siempre dándonos, duro, en el amor propio, para curarnos de orgullos zonzos. Y nos limpió el carácter de esa miseria: nos hizo "de andar" para los caminos de la vida!... Cada día más se lo agradecemos, así como a mi madre, que nunca nos dio alce: ser bien; parecerlo, cosa pobre.

Y ese jefe de hogar de apariencia siempre grave —como de la España vieja— era, para el sentimiento, blando como la cera; pero allá, escondido en lo hondo. Al retorno del 97, me enteraron de su agonía moral, sin término, por el hijo ausente. Nunca él me lo dijo. Cuando murió mi hermana María Inés, el 87, mi padre empezó a acabarse. Así arrastró por años la vida, que ya le pesaba.

Ya más nada dijo sobre el dolor que lo mordía. Sólo una vez, cuando dándole un beso en la frente, le llevé el regalo de su día —el consagrado frasco de agua de Colonia que mi madre me compraba—, me contestó: "Yo ya no tengo santo"...

Así era mi padre, un corazón de niño engarzado en austeridad, decencia y silencio.

Estoico y rígido, consigo mismo, en ese sentido, fuera por su extremo, de lo real. Proceder bien; ser bien de verdad. Hasta en lo más distante de la desviación cuando atañía a los suyos, ponía juicio tajante. Recuerdo, en abono, que después del 97, disueltas las Cámaras, alguien me hizo saber que se había lanzado mi nombre para una de las Secretarías del Consejo de Estado. Me sentí deslumbrado. Aquello excedía mis aspiraciones. Oyendo deliberar a los otros, aprendería. Ufano vi a algunos dirigentes. Pero, de repente noté que nadie me habló más del asunto. Presumí que habían surgido dificultades y renuncié a mi ilusión de un día de primavera. Pasaron los años, muchos, murió mi padre. Visitando en Pocitos al digno compatriota don Francisco Ros, al correr de la conversación expresó: "¡Qué hombre era don Juan José!". Y me relató luego lo de la secretaría: "¿Sabe por qué no lo elegimos? Porque don Juan José, cuando se enteró, nos dijo: «Si mi hijo entra por una puerta, yo salgo por la otra»". ¡Y se acabó! El era miembro del Consejo de Estado. Recién entonces vine a explicarme el misterio de mi "contraste".

Criterio orgánico, consubstancial. A nadie pretendía imponer conducta, pero la propia había de ser siempre derecha, sin prosopopeya, por todos lados clara. Fruto natural, lógico, de un temperamento que, por instinto, huía de lo prosaico. Romanticismo, que se ignora, sin "pose"; ¡el más lindo de todos!

No he concluido de presentar el retrato de mi madre. En lo físico, morena, pálida, de ojos siempre suaves, animada, riente. Mi padre era de ojos verdes, rubio, muy blanco de tez. Eran diferentes como dos ruedas dentadas, bien encajadas la una en la otra. La broma inocente con facilidad jugueteaba en los labios parleros de mi madre frente a la melancolía perpetua de mi padre que, sin embargo, con alguna frase certera celebraba los dichos que llegaban de la otra cabecera de la mesa hogareña, más subrayados todavía con la mirada cordializada.

Vamos a un comentario simple que los muestra de cómo ellos eran. En 1894, el gobierno impopular —para nosotros, muchachos, cien veces odioso— distribuía, según anuncio, medallas a los veteranos militares, de las tres naciones de la Guerra del Paraguay. Guerra inicua, la más inicua de las guerras, pensábamos y seguimos pensando. Se nos ocurrió a unos cuantos camaradas hacer pública nuestra censura, bajo todas las luces. Arturo Ramos Suárez —que pronto caería en Aceguá— y yo, fuimos los encargados de hacer borradores del documento. Eramos los bachilleres de la compañía...

Ya en tren de conspiradores —por primera vez— nos reunimos en una casa desalquilada de Yí y Mercedes —cuando a veces paso, me sonrío— y allá, de pie "los conjurados", se leyeron ambas piezas, de cuya trascendencia estábamos archiconvencidos. Por considerarla más enérgica, se prefirió la de Arturo Ramos Suárez —¡pobre amigo mío inmolado al ideal en el pedregal fronterizo!— pero poniéndole el título de mi proclama por floja rechazada y que decía, por lo sonoro no lo olvido: "Al pueblo oriental brutalmente lastimado en su altivez".

¡Y éste era el encabezamiento del texto débil! ¡Cómo sería de vigoroso el otro!...

En una imprenta inmediata a la Matriz se hizo la impresión, con tipos diversos, para no comprometer al dueño, que gustoso entraba en la diablura. De a dos por calle, echamos por los buzones nuestro manifiesto sin firmas y cargado de munición como trabuco:

hasta la boca. La Universidad era entonces en Uruguay y Convención. Allí también lo dejamos. Todo sin percance. En un fondín de Ciudadela y el Mercado nos habíamos dado cita. Allí nos volvimos a encontrar, de retorno de la aventura. No faltó ninguno: "sin novedad en el frente". La policía todavía era ingenua para estas cosas: no se hacían aún esas travesuras. ¡Otras mayores emprenderíamos, después de varios ensayos parecidos, con mayor escenario y más sobresalto! Con qué inacabable bullicio festejamos la jornada. Al entrar en casa puse en nuestro buzón el último ejemplar.

A la mañana siguiente, llenos de curiosidad, entramos en el aula. ¡Qué chasco! ¡Creíamos haberla conmovido y nadie sabía ni decía nada! En la mesa se habló del impreso y en el comentario están trasuntados mi madre y mi padre: la primera lo juzgó grosero: "Así no se habla" —dijo—; pero cerró el segundo: "y sin embargo, tienen razón". Mientras yo, chiquito en mi asiento, pensaba: ¡si supieran que yo soy de los culpables... Al rato la policía afanosamente nos buscaba, sin encontrarnos. Aquellos fueron los arrestos iniciales: un vientito seguido de otros, que rizara el agua quieta y chata de la laguna. También al rato se agudizaba el movimiento y ya en etapa más amplia, Luis Ponce de León, el "rico" de nuestra bohemia —porque iba a las carreras— fundaba el primer "El Nacional" en Charrúa Nº 15.

¡Qué tiempos, agitados por nuestra agitación! ¡Por qué no volverán!

No aprendí en casa nada que no fuera bueno. Lo malo que tengo, lo puse.

Mi madre adoraba la música. Cuando tengo un disgusto, siempre decía, me pongo al piano para olvidarlo. Su mundo era su "home", en su caso, insuperable por lo ajustado, el término clásico. Vivía para su prole. Cuidarla, moldearla, hacerla, era la ley de su existencia. ¡Ah, sus pollos! ¡Tocarle sus pollos!... Ella misma les enseñaba el piano y sobre todo, y siempre por encima de todo, a ser lo que debía ser: sin vanidad, sin falsía, pero firmes y derechos. Porque, dentro de su suavidad invariable, mi madre era cortada a la antigua, sin concesiones a lo torcido. Tiradas idealmente a cordel sus directivas espirituales, como por agrimensura, se definían sencillamente, por "lo malo es malo y lo bueno es bueno". Nada de subterfugios ni de escapatorias por la tangente. Eso no lo comprendía ni lo toleraba: "strait fordward", como dicen los ingleses: rectamente adelante, como ella también lo traducía en todos los momentos de su acción casera, de su milicia familiar. Nada la define mejor que sus libros de cuentas, llevados con placer y por simple espíritu de orden, por teneduría. Así lo hizo hasta el fin de sus años, con pulcritud de escritorio, sin que se concibiera un error, ni tuvieran una sola mancha aquellas páginas cuajadas de ejemplaridad doméstica, que ahora recién avaloro. Hasta el último centavo de los gastos allí figuraba: aún los vintenes dados para comprarle nosotros una naranja al frutero, que pasaba pregonándolas con sus canastas, o para hacer lo mismo en el recreo de la escuela. ¡Cuántas bromas inocentes nos permitíamos darle, de grandes, a nuestra santa madre, a propósito de su contabilidad estricta que, en eso como en todo, fue la ley de su tersa y austera existencia, que fue, a través de los años, la acumulación sencilla de una etapa de deber, cotidianamente ensamblada con otra!

Mi madre, cordial y sonriente en lo externo, era inflexible en el trazado y abono de la conducta regida por una serena e inconmovible religiosidad. Cuando chico, me estaba impuesto leer, antes de dormirme, una parábola de los Evangelios. Ciertamente que entonces no comprendía su profundidad, pero aquella fue piedra —de la buena— echada a carradas en los cimientos, para afirmarlos más y más.

[Campo, estancia, peón]

Complejidad de los problemas camperos

¿A qué se refiere, qué se quiere decir cuando se habla de la suerte moral y material de la gente de campo?

Porque, bajo la apariencia simple de la anterior denominación se cobijan cuestiones de la más diversa naturaleza que exigen, por tanto, muy distinto tratamiento social.

¿Se alude, por ventura, a los peones de estancia? Pues su condición especial, como agregados a la gran propiedad, incorporados, por decirlo así, a un núcleo independiente, a una familia, presta caracteres propios a su caso.

¿Se habla de los rancheríos? Nadie dudará de que ellos califican un mal típico, sin parecido con otros.

¿Quiere referirse al analfabetismo, a la tuberculosis, a la sífilis, al juego, a la prostitución, a la infancia desvalida, al "vago", a las autoridades culpables, a los elementos sin arraigo conocido, a la ausencia de industrias, a la incapacidad para el esfuerzo tenaz, a la pereza, a la tiniebla moral, al relativo desconcierto de la raza en formación?

Basta enunciarlo para que este índice doloroso se desdoble en cien cuestiones, al punto de llenar, él solo, el mayor espacio de nuestro problema civilizado.

Creemos útil destacar la complejidad del asunto, en virtud de ser corriente la confusión y de echarse, a menudo, sobre el propietario rural la responsabilidad de incurias y aberraciones vecinales, ajenas en absoluto a su resorte y contra las cuales —justo es reconocerlo— sólo la distancia suele ser eficiente preservativo.

Mucha precipitación, por no decir incompetencia, se pone en el comentario común de nuestras cosas camperas, vistas desde lejos, mal apreciadas y sometidas de continuo a un paralelo improcedente y cruel en la ciudad y sus exigencias.

Cuando se escuchan ciertas apreciaciones sobre la campaña y sus hijos: cuando se advierte la porfiada repetición del mismo concepto áspero y se comprueba que a su respecto más rápido sube el labio del vituperio que el elogio de su gran valor, se siente, mezclados, indignación y asombro. Indignación, ante la enormidad de los cargos infundados; asombro, ante el craso desconocimiento que esos dichos acusan del trabajo nacional y sus características.

Molesta que el europeo, que siempre nos ignoró, separado por miles de leguas, océano por medio, piense en forma deprimente sobre nosotros; sin embargo, nosotros mismos, apenas alejados cincuenta, diez, cinco leguas de nuestros hermanos rurales, obligados, por todas las razones, a conocer el país y sus modalidades, sus virtudes y sus defectos, su estado social, renovamos a cada instante en las conversaciones, amplificándolo, el enorme error de perspectiva y de crítica que tanto duele en el extraño.

Y la sorprendente ignorancia de los hombres de la capital sobre el campo y sus fuerzas vivas, empuja continuamente al absurdo. Así se igualan situaciones, se comparan ambientes, se identifican las fórmulas y se trasladan a la campaña, abierta y alegre, rica y holgada, las complicaciones enfermizas de la ciudad, sus angustias, sus impaciencias y sus áridos apremios, fruto precisamente del conglomerado, de la condensación de almas y de intereses.

Sin embargo, señores, donde quiera que se vuelva la mirada, surge esencial la diferencia. En el poblado basta con abrir la escuela; la clientela infantil acude sola, sumada y recogida en radio de pocas cuadras. En campaña, lo de menos es habilitar la colmena, la casa

del maestro; lo difícil allegarle medio centenar, siempre intangible, de niños, en vano rastrillados entre el disperso y modestísimo vecindario. Aquí, el escolar necesita caballo, galopar muchos kilómetros, correr los mil riesgos de desamparo. ¿Cómo someter a todas estas andanzas a una criatura, sobre todo si es mujercita? ¿Y si la tormenta la sorprende al regreso? ¿Y si el petizo rueda? ¿Y si el arroyo crecido?...

Existe en el paso de Tres Arboles un excelente edificio para escuela, regalado por los vecinos, en la actualidad abandonado, sin puertas ni ventanas. Largamente se me ha explicado por qué no se utiliza. En el paso de Averías recuerdo haber visto una vez a pequeños escolares, sorprendidos de vuelta al hogar por el temporal; lejos de sus padres y confiados a su propia y frágil guarda.

La misma diversidad de reflexiones arranca el tema de las viviendas. El conventillo es una cosa; el rancho es otra. La estrechez es inevitable en el uno; consecuencia de la desidia en el otro. Aquí falta el aire que allá sobra, si se quiere.

En cuanto a la habitación de los peones, la Federación hà incitado, e incita a mejorarla y se dispone a premiar, en este mismo acto, a los ganadores en el concurso de arquitectura que al efecto provocó; pero, ¿acaso no es cien veces más precario el techo del obrero en la capital, huésped de un pésimo cuarto y con el único desahogo de un patio, común a docenas de familias, obligadas a convivir en las más perniciosas promiscuidades?

La natalidad ilegítima, las uniones ilegales, las inscripciones en el Registro Civil, impuestas por la ley, deben considerarse, de otro modo que el normal de los centros urbanos, en el fondo de las comarcas solitarias, donde perecen los convencionalismos sociales y se afloja, sin advertirlo, el contralor de las buenas costumbres.

Ese mismo aislamiento fortifica al individuo, adoba su personalidad física y moral, le hace resistente para el cansancio y sufrido para la amargura; pero ese temple lo da la constante y ruda lucha con las imperfecciones orgánicas del medio. Así ocurre en todos los aspectos de la existencia rural, háblese de garantías, refinamientos, necesidades o tristezas.

La instrucción de la prole, el porvenir de los hijos, la solidaridad humana, el deber, la asistencia médica, el trabajo, los servicios, técnicos o artesanos, el espíritu de caridad, la ayuda al prójimo, las relaciones de clase, el civismo, el concepto de la autoridad en el hogar y en el camino, todas estas facetas de la conducta se muestran bajo luz propia, singularísima, en el campo.

Tiempo atrás, visité en su casa, distante diez leguas de estación, a un hacendado enfermo; aunque llamado el médico hacía más de una semana, no comparecía, solicitado también con apuro de lejanos parajes. Parecerá inexplicable, y, sin embargo, así es.

Imagínese, por lo demás, hasta dónde no sería de precaria la condición de los desventurados, allá, si no mediara el inagotable sentimiento piadoso de la mujer oriental, de la esposa del estanciero o comerciante, siempre pronta a enjugar la aflicción del desvalido. Especial cuidado se pone en no recordarlo, en no saberlo, cuando se azuza al empleado contra el patrón, tantas veces su consejero y buen amigo, desarrollando en su pecho un gratuito encono que nunca padeció antes de que llegaran los reformadores...

Concretando cada vez más el tema, análogos comentarios merece el trabajo en campaña; identificar la situación del obrero de la ciudad con la del peón es lo mismo que comparar, porque se suman, cosas de distinta especie. La jornada diaria de aquí presenta fisonomía completamente diversa allá. En este plano, la especialidad de la labor tiene otras exigencias y alivia, a la vez, el carácter de las obligaciones. Constante el esfuerzo gimnástico, con deleite se va y se viene alegremente; el caballo estimula a la andanza y aviva, posiblemente con exceso, la independencia personal, que linda, en

ciertos casos, con el abuso de la libertad. Gente hay que se lo pasa de establecimiento en establecimiento, cambiando el conchavo, porque sí. ¿Cómo edificar, sin reposo, el propio bien?

La tarea rural es esencialmente holgada y cordial. Con acierto, observa, en su respuesta don Camilo Rodríguez Sosa: "Nunca he visto un paisano triste".

Cuando llueve, se descansa, sin que el salario sufra descuento; si el peón cae enfermo, con cariño se le cuida y suyos son todos los recursos del botiquín casero; la suerte de sus hijos interesa, se les educa y emplea, si sus padres arraigan; cuando necesita una lechera, un flete, un favor, nunca se le niega.

En el afán de revolucionar espíritus, se promete, ahora, llevar a la campaña el descanso dominical, justísima conquista, todavía no adquirida en la capital; pero, al alegar por la simpática enmienda, no se notifican los censores de que el reposo en el séptimo día es sacramental en el campo, donde, desde el sábado por la tarde, quedan los peones dueños de su voluntad.

Lléguese cualquier domingo a cualquier estancia, y sólo se encontrará un hombre de guardia; si los demás están, es porque no lo han querido o porque no tienen dónde ir, repugnados, también, de jugadas y pulperías.

Hemos creído útil abundar en las apreciaciones antecedentes, subrayando diferencias fundamentales de circunstancias y de ambiente, a menudo desconocidas por los flamantes reformadores agrarios, tan embebidos en su cometido providencial que no vacilarían partir en rajas, como quien corta un queso, la propiedad privada. ¡Claro que sin fines electorales y solamente por devotísimo amor a los humildes!

La estancia y el rancherío

Cuando se plantea el problema social en campaña, suele involucrarse a los peones de estancia en el juicio doloroso que provoca la condición precaria de sus llamadas clases pobres, que también podrían decirse sedentarias.

Existe positivo interés en fijar bien estos puntos de partida. El caso material y moral de los ranchos, brotados cerca de las estancias, a su calor, al margen de los establecimientos, guarida de vicios y miserias tantas, no puede hermanarse con el caso muy distinto que determina el peón y su familia, incorporados a la actividad de las estancias. Lo verídico sería afirmar que el peón es la víctima del rancherío, donde la tuberculosis está en caldo, echa sus redes la prostitución libre y pululan todos los gérmenes de descomposición humana.

Esos núcleos raquíticos, de nacimiento avergonzante, gráficamente denominados pueblos de ratas, señalan una subversión que reclama examen serio y urgente correctivo. Se definen como cabezas de tumor y su clínica nada tiene que ver con los patrones de estancia y sus obreros.

El rancherío constituye una calamidad pública; madriguera de malevos y rateros; foco de enfermedades de todo género; sin higiene, sin escuelas, sin conducta. Vive de noche, de día, duerme; perpetua celada tendida al bien ajeno, sean majadas o la salud.

Ahí radica el cáncer rural; de ahí sale la juventud degenerada y con horror al trabajo honesto; ahí hierve la polilla.

A su frente, enérgico contraveneno, álzase la estancia. En el orden físico, ella destaca como un oasis a la vista del cansado caminante; la mancha de su caserío, de su arbolado, infunde dichosa expresión a la acuarela de nuestras hondonadas. En el orden moral,

allí radica, crece y se desenvuelve la mejor célula de nuestra raza en ascenso. En el orden patriótico, a su sombra empezó a latir el ensueño republicano; ella asistió al difícil parto de nuestro ser: hizo y vio hacer historia.

En resumen, la estancia fue, desde los orígenes, y continúa siéndolo, escudo de nuestra civilización. Su nombre es sinónimo de decencia, de honradez, de hospitalidad a la antigua, de decoro y de serena alegría, vale decir, de felicidad.

Estancieros fueron nuestros mayores y tanto con sus sables como con el acero de sus virtudes, por ingenuas fraganciosas, ellos forjaron la nación. A brazo partido con el destino, abrieron nuestro surco y el propio, poniendo en los dos el noble riego goteado de las altivas frentes. ¡Costoso, acerbo, acrecido despacio, separando espinas, venciendo al desierto con perseverancia y con sangre!

La mayor subdivisión de la propiedad, alambrados, ferias, bretes, la esquila a máquina, el bañadero, la marcación zonza de la actualidad, con menos yerro, pero sin yerra, han modificado hondamente el aspecto de la vieja estancia, haciendo más ceñidas sus actividades; pero ella siempre se levanta en el horizonte del país como una institución cada vez más esclarecida, con cerno de ñandubay.

Algo se habrá perdido de la antigua manera y sus hidalguías; ya no se viaja con el cinto repleto de onzas, ni se prestan miles de pesos sobre la fe de la palabra, y el compadre de pila, encantador, de antaño, ha sido muy malamente sustituido por el compadrito de pulpería; pero de cualquier modo, hoy como ayer, nuestros establecimientos, con creciente intensidad, continúan reflejando honor y cultura sobre los vecindarios de tierra adentro.

Por siempre será la estancia casa de honor, taller de hombres de bien, hogar de trabajo y de nobleza, donde la holgazanería no cabe, y donde nada malo se aprende. En ella, bajo el mismo techo de su patrón, vive el peón, formando su temperamento, educándose, a las veces, instruyéndose siempre. Si posee aptitudes, si es valiente para el esfuerzo, particularmente si luce perseverancia, lo que pocas veces ocurre, ahí labra su provecho y el de los suyos, echando anclas en la ventura. Con el correr de los años, pasa de subalterno a mayordomo, a interesado después, y, por último, a propietario.

Porque nuestro criollo, como dice otro de nuestros informantes, don Alfredo Kuster, "es lo mejor del mundo, sacándole la bebida y el juego", y porque en campaña, como lo subraya otro, don Siul Cabezudo, "sólo hay miseria para los haraganes".

Bienestar, fuerza y prosperidad se desprende de una estancia; esa es su atmósfera. Su ocupante de hoy es, en la generalidad de los casos, el heredero del padre fundador, el afanoso bracero, convertido por el ahorro en dueño, ex extranjero animoso que, sin abdicar su patria, adquirió entre nosotros estimación y carta de ciudadanía por la pujanza, crecientes sus propósitos y empresas.

La estancia, pues, sólo engendra orden, pura ambición y holgura. No es, por cierto, en su seno que brotan nuestras malarias sociales. Nadie pierde allí prendas de espíritu y la sonorosa charla del personal, salpicada de chascarrillos, cuando de regreso de recorridas y carneadas desenfrena el caballo de uso, a la vez de darle vuelta el pelo sudado con el lomo del cuchillo, retrata una de las tantas pinceladas del lindo cuadro campero. Al rescoldo de sus tizones no se destemplan los ideales, y, seguramente, ganan las conciencias.

Por todo lo expuesto, insisto en que se trabucan lamentablemente los términos cuando no se disciernen matices entre las peonadas de estancia y la población amorfa de los rancheríos, separadas aquélla y ésta por diferencias fundamentales de hábitos, trabajo y honradez.

(Informe sobre "La encuesta rural" realizada por la Federación Rural, 1920).

[Tres pronunciamientos internacionales]

Contra el Pacto Kellogg

Considerado el Mensaje de la Presidencia de la República por el que se recaba la opinión del Consejo acerca del Pacto Antibélico suscrito por numerosas naciones, dijo el doctor Herrera que, por tratarse de puntos sobre los cuales tiene opinión formada y firme, votaba contra la adhesión del Uruguay al pacto Kellogg. Funda su pronunciamiento, por una parte, en la necesidad de imprimir cada vez mayor vigor a la personalidad moral de América y, por otra, en el sarcasmo que importa el aserto pacifista de los Estados Unidos y su exaltación teórica del derecho de los pueblos a la misma hora en que sus tropas arrasan con el derecho de Nicaragua. Ejerce en su espíritu aún mayor decisión que la primera razón, la que ha articulado en segundo término; pero referirá antes, en dos palabras a aquella. Por causas complejas y de origen a menudo secular, las grandes naciones de Europa, viven en perpetua zozobra, con el arma siempre en el brazo. Muy distinto es el caso de los países del Nuevo Mundo, en ese sentido, mucho mas felices. En nuestro hemisferio, no existe el espectro de las guerras internacionales. Nadie piensa en ellas; nadie para ellas se arma. En consecuencia no tenemos para qué, ni por qué suscribir pactos de agresión que se sumen otra vez a los tantísimos refrendados en el Viejo Mundo, sin perjuicio de armarse hoy más que nunca. Para estar en la paz con todo el mundo, nosotros no precisamos de pacto Kellogg. Tampoco tenemos porqué incorporarnos al cándido coro. Despues de un siglo de independencia, ya es tiempo de que las Republicas piensen y procedan con criterio propio, examinando los asuntos externos desde sus propios puntos de vista.

En cuanto al segundo aspecto de la cuestión considera que en las circunstancias actuales, el pacto Kellogg debe sonar a hueco en los oídos sud y centro americanos. Dice su cláusula esencial, como lo destaca el mensaje de la Presidencia, que por él "se condena la guerra para el arreglo de los conflictos internacionales, renunciando a ella como instrumento de política nacional en sus relaciones mutuas, reconociendo que el arreglo o la solución de todos los conflictos o litigios de cualquier naturaleza o de cualquier origen que sean, que puedan surgir entre ellos, sólo deberán buscarse por medios pacíficos".

Y bien: esas bellas promesas están totalmente desautorizadas por la política atentatoria que se desarrolla en Nicaragua. La conciencia continental condena acerbamente ese odioso atropello, también condenado en gran parte del pueblo de los Estados Unidos.

Con la resistencia de Sandino están nuestros corazones. Ante lo que sucede en Nicaragua enmudece el elogio al pacto Kellogg. El sentimiento de verdadero panamericanismo, nos identifica con el dolor de la pequeña y valerosa República esclarecida por su derecho y por su propia debilidad. Artigas, el primero, reconoció en su famoso decreto autorizando el corso, la hermandad de las Repúblicas nacientes.

A través de cien años, se han estrechado esos vínculos fraternos, de tan noble tradición entre nosotros.

Vota, pues contra la adhesión al pacto Kellogg por entender que mientras haya un solo soldado norteamericano en Nicaragua, el pacto Kellogg no pasa de ser otra "tira de papel".

(Sesión del Consejo Nacional de Administración, 10-IX-1928).

I

Agradeciendo las atenciones recibidas por la embajada, en estos términos ofreció la fiesta, el doctor Herrera, al señor ministro de relaciones exteriores de la Gran Bretaña, S. E. sir Austen Chamberlain:

Excelencia: La tan cordial acogida que el gobierno de S. M. ha dispensado a la embajada del Uruguay, obliga nuestro reconocimiento y confirma la tradicional amistad que a esta gran nación nos vincula.

El recuerdo de Inglaterra se asocia al de las independencias en la América del Sud, no sólo por el esfuerzo denodado de las armas sino también por la acción profunda de su espíritu liberal y de su cancillería.

Por ser muy justo, fácil y espontáneo sube a los labios el elogio de aquellos descollantes y desinteresados servicios prestados a la causa de la libertad de un mundo naciente.

A Canning, primer ministro y esclarecido hombre de estado, adeudan estatua todas las repúblicas de nuestro continente. Su pensamiento, hondo y visionario, adivinó, antes que nadie, el significado inmenso, de consecuencias incalculables, que tendría la incorporación de un hemisferio a la familia de las naciones. Ese ideal le enamora y se apodera de su brillante talento, luego de haber conquistado, entero, su corazón. Solo, contra muchos, ensancha, con un discurso, monumental, los grandes anales del parlamento británico. La historia no olvida esa página, escrita por y para el derecho; tampoco la olvida nuestra gratitud, imperecedera. *(hear, hear).*

Así describe ese momento, que fue como un codo en la vida universal, el biógrafo de Canning, recogiendo la palabra de un testigo presencial: "El efecto fue pasmoso y fulminante; pareció que el parlamento entero hubiera sido electrizado. Tierney, quien, un momento antes, se revolvía en su asiento, quitándose y poniéndose el sombrero y tomando, a menudo, grandes narigadas de rapé, agitándose de un lado a otro, al extremo de gastar —yo creo— sus faldones, quedó como petrificado, inmóvil en su poltrona, con la mirada fija y la boca abierta por medio minuto".

Esta pincelada, llena de emoción, completa el cuadro de la formidable jornada: "Era su aspecto tan imponente que Mr. Canning, en ese instante, pareció haber crecido en estatura. Noté que accionaba con el brazo izquierdo. El efecto era nuevo y hermoso; su pecho ensanchándose, palpitante; dilatadas las fosas nasales; una expresión de noble orgullo ligeramente rizó su labio y la edad y los achaques en apariencia desaparecieron, disipados por el ardor y la juventud del genio. Sin embargo, había serenidad en su frente, iluminada por resplandores de gloria. Entonces, me evocó lo que yo había leído de los efectos de la elocuencia ateniense".

Sí; esa arrebatadora elocuencia rindió todas las vallas: es que la inflamaba el fuego sagrado que inmortaliza a quienes sufren su milagroso contagio y que emana de las grandes cosas en las grandes crisis. *(hear, hear).*

Después de intenso debate, Peel también se entrega y el vencedor, nunca más glorioso, avanza como un iluminado, tras su quimera, sin medir obstáculos, sin sentir el suelo que pisa; con los ojos puestos en el futuro.

Poco queda por hacer. El rey adhiere al hermoso pronunciamiento. Un cronista recogería su ameno comentario: "I don't see why I am to be the only gentleman in my dominions who is not to eat his christmas pudding in quiet ant I am determined I shall!" *(laughter).*

Plena razón le asistía. Corrían los últimos días de diciembre: el alumbramiento de las nuevas patrias sudamericanas era como otra navidad del orbe. *(hear, hear)*.

Pero a esta gallarda memoria continental, agrega mi país la que proviene de la confirmación diplomática de su independencia, ya entonces ganada, para siempre, por el inextinguible amor a la libertad que en su seno alienta y por el heroísmo victorioso de nuestros mayores y de nuestra raza. *(hear, hear)*.

Tampoco olvida el Uruguay que un insigne plenipotenciario inglés, lord John Ponsonby, fue mediador, apasionado por el derecho, en las negociaciones que llevaron al feliz reconocimiento de nuestra emancipación, ya consumada, e irrevocable.

Su nombre, destacado en su patria, también es ilustre para nosotros. Pertenece a una estirpe de soldados, cuyas hazañas cantó la poesía y de estadistas de consagrada reputación, que prolongan hasta la actualidad su estela.

Aludiendo a su providencial y firme destino, de nuestro país dijo lord Ponsonby, que "era como un algodón puesto entre dos cristales, para evitar su fractura". Aserto afortunado y también profético, porque el Uruguay, en su ascendente carrera, ha hecho honor a ese luminoso vaticinio de paz y de concordia, que condecoró su infancia, siendo la fidelidad al derecho el más preciado blasón democrático que presentamos a la consideración de las naciones. *(hear, hear)*.

Os invito, señores, a ponernos de pie en homenaje a Inglaterra, creadora inagotable, siempre fecunda, de libertades, y a brindar por S. M. el rey. *(hear, hear)*.

II

Brindada cordialmente la fiesta, por lord Farringdon, en la "Latin American Society", así contestó el doctor Herrera:

Señor presidente, señores ministros, señores: Esta gentil demostración, tan espontánea y amistosamente ofrecida a la embajada del Uruguay, agrega otra impresión imborrable a las muchas que llevamos de nuestra permanencia en esta ciudad de Londres, hogar inmenso y de inmensa historia, donde siempre encontraron amparo y calor la conciencia humana y el dolor de los oprimidos.

Mis primeras palabras serán de vivo elogio para la "Latin-American Society", que tiene para nosotros el prestigio especial de agrupar a los amigos de nuestro continente, a quienes a él se sienten vinculados por el trabajo y, también, por el recuerdo.

Levanto la vista y, a pesar de ser huésped en Londres, veo entre los caballeros reunidos alrededor de esta mesa, para partir con nosotros el pan de la amistad, a personalidades que me son conocidas, como que por largos años han residido en mi país y participado de nuestras alegrías y de nuestras angustias.

Luego de edificar honestamente a su bien, y a la vez, al nuestro, ellos han retornado a la patria de origen, conservando, como lo acredita esta fiesta —que por tan noble razón, me permito llamar fiesta de familia—, *(hear, hear)*, memoria feliz del tiempo vivido en nuestra tierra, que tanto reclama la ayuda del brazo y del capital extranjeros para desarrollar ampliamente su riqueza.

Por tanto, vosotros también sois obreros valiosos de nuestro progreso. Más de una vez, cruzando la linda campiña inglesa, he visto "cottages" con nombres nuestros, "criollos". Sé que esta palabra resuena simpáticamente en vuestros oídos y que ella os trae amables reminiscencias.

Sin advertirlo, señores, y sin que ningún interés personal os impulse, vosotros sois agentes muy eficaces de la mejor diplomacia; es decir, de la que arranca del corazón.

Cual nuevos argonautas, os lanzásteis a descubrir inesperados campos de acción, como obedeciendo a la bendita inquietud que, antes, empujó a vuestros mayores a las grandes empresas marítimas.

Gracias, en mucha parte, a vosotros, el afecto tiende ancho puente entre el viejo y el nuevo mundo, que tanto se complementan: uno, devuelve en juventud, lo que el otro le presta su sabiduría. *(cheers).*

Muchos beneficios adeudamos al capital europeo; pero a ninguno tantos como al inglés. Los hombres de negocios británicos tienen el mérito especial de haber creído en el porvenir de nuestras repúblicas, cuando todavía no estábamos organizados. Ya lo estamos; pero seguimos necesitando aquel poderoso concurso que tiene fuerza de palanca.

Lo aceptamos, sin exclusivismos y sin preferencias, recordando, porque es de justicia, cuánto bueno han hecho entre nosotros las iniciativas y las compañías británicas.

Destaco la singular importancia del comercio de carnes. Nuestros ganados son cada día mejores en calidad. El Reino Unido es nuestro mayor comprador.

La Sociedad Latino-Americana de Londres prestará un gran servicio, a ambas partes, afianzando y facilitando ese consumo.

Señores: la influencia de Inglaterra, admirable madre de naciones, engendradas sin dolor y sin pena, ha sido, en todo tiempo, benéfica para las democracias occidentales.

A principios del siglo pasado, sus naves rompen los prejuicios económicos de la época y, al establecer el libre comercio, muestran a aquellas jóvenes sociedades, candorosas y todavía dormidas, el ancho camino que les marca el destino.

Junto con el intercambio, que valoriza la propia riqueza, hasta entonces muerta, ellas reciben ideas redentoras, que pronto germinan hasta estallar en irresistibles ansias de independencia. Cien años de autonomía cuenta el Uruguay y por cien años se mide la inconmovible amistad que a la nación británica nos une.

Bien sabemos la enorme y positiva colaboración que al progreso humano ha aportado este pueblo, que ofrece al universo el espectáculo permanente de sus instituciones sabias, en incesante perfeccionamiento y tendidas siempre, como hacia el sol, hacia la libertad.

Desde los comienzos, hemos tenido por saludable tan alto ejemplo, que concurre, en mucho, a adiestrarnos en la práctica del derecho auténtico, que es el único modo de labrar la felicidad individual y colectiva de las naciones, como bien y con justo orgullo lo abona la soberanía de estas islas, las más famosas, porque sus abiertas costas sólo son inaccesibles al despotismo. *(hear, hear).*

Antes de terminar, quiero agradecer, especialmente, los conceptos tan propicios para el Uruguay pronunciados por el señor presidente lord Farringdon.

Es cierto: pagamos puntualmente nuestras obligaciones y nuestros presupuestos están al día. Mucho enaltece a mis conciudadanos la referencia encomiástica que acabamos de oir respecto a la última jornada cívica, cuyo honor a todos ellos alcanza. También estimo como singular elogio para la república el aserto del señor presidente de que entre nosotros, como en Inglaterra, la prensa es libre, así como el juego de las instituciones. ¡Gran honor parecerse bajo este aspecto a la nación histórica que aporte tan considerable ha allegado a la evolución civilizada de los pueblos!

Brindemos, pues, de pie, por ella, que es lo mismo que brindar por la libertad y por la democracia, y brindemos, luego, por la institución representativa que nos honra con su hospitalidad y que puede definirse como una prolongación de nuestras patrias en la vuestra. *(cheers).*

Con el Subsecretario de Estado de los EE. UU. Edward Miller

Texto de las manifestaciones vertidas por el Dr. Luis Alberto de Herrera, en la entrevista mantenida el día 1º de marzo de 1951, con el señor Sub-Secretario de Estado de los Estados Unidos de Norteamérica, señor Edward Miller, de las que dio cuenta en la sesión del Directorio del Partido Nacional, el 5 del mismo mes.

"Dijo el doctor Herrera que era su deber informar que el 1º de marzo había sido visitado por el Secretario de Estado adjunto de los Estados Unidos, señor Edward Miller, en compañía del embajador de su país, señor Christian Ravndal, estando presente el distinguido ciudadano doctor Alvaro Vargas Guillemette.

Tema dominante de la conversación, los asuntos internacionales de la hora, abordados en términos llanos y cordiales por el caballero Miller, consideradamente escuchado. En la imposibilidad de hacerlo con exacta precisión, no sería correcto reproducir sus expresiones, por lo demás, de carácter general. Nos limitaremos, pues, a sintetizar algunas de las nuestras, que, por referir a puntos de palpitante actualidad continental, someto hoy al juicio de nuestras autoridades y legisladores. Si el doctor Vargas Gillemette lo juzga oportuno, y creo que lo sea, podrá completar esta información que, por tratarse de comentarios de orden público, pido, si así se resolviera, que se registren en el acta de esta sesión.

—Dijo, desde luego, que la paz internacional era el anhelo orgánico de nuestra ciudadanía, Las guerras internas y externas habían llenado la infancia de estas jóvenes naciones; pero ahora, ya definitivamente entradas en la normalidad, ellas ponían todo su afán en la acción pacífica, salvo accidente. Tal podía ser, por caso, si sufrieran gratuita agresión.

—Resueltamente sentida la solidaridad americana. — En lo restante, queremos ser libres y felices en la armonía, sin invadir el fuero ajeno. Dentro de lo posible y juicioso, cada uno en lo suyo. En cuanto a nosotros particularmente, éramos histórica y fundamentalmente contrarios al "intervencionismo". Tampoco queremos a ello ser arrastrados. Justo, por otra parte, reconocer que desde hace una centuria las potencias europeas no se cruzan en los destinos americanos, contribuyendo, en contrario, cada día más, con sus capitales y emigraciones, a vigorizar su evolución y adelanto. Constituidos, ningún peligro, y sí bienes entraña el contacto europeo para la América del Sur.

—En lo directamente nuestro, la amistad con los Estados Unidos es entre nosotros tradicional, con noble arranque en los días de Artigas. Por simple influencia moral, es garantía de respeto mutuo entre las repúblicas. Solidaridad espiritual que en nada puede derivar a ajenas empresas militares en el extranjero, contra pueblos que en nada nos han ofendido. Bajo esa luz, también enseña el testamento de Washington.

—En su alcanse defensivo, aceptada la Doctrina Monroe, que protegiera contra avances ambiciosos el hemisferio; pero importaría inversión, por parte de los sud-americanos, marchar en armas, al otro extremo del mundo contra pueblos que luchan por su Independencia como lo hiciéramos nosotros más de un siglo atrás. En concreto, nosotros no queremos ir a Corea a combatir contra quienes heroicamente pugnan por su derecho a ser libres. En la hora, ellos son los "artiguistas" de allá: igual hicimos aquí nosotros, antes, contra los invasores...

En ese concepto, triunfante aquí el sentimiento público. Hay que decirlo, abrazados a la verdad, en acto leal, de verdadera amistad.

Al mismo tiempo, oprime el espíritu el espectáculo internacional a la vista que, si estallase la crisis, abriría el gran drama de guerras sin fin, encadenadas, como las napoleónicas, sin orilla.

—Como se hablara de las "Naciones Unidas", el doctor Herrera dijo que la veía como una bandera que desgraciadamente en la hora actual, desnaturalizada, cubría la guerra.

—Comprendemos que su gigantesco poder y desarrollo llevan a Estados Unidos a tener intereses y motivos de atención en todos los rincones; pero que no sea al extremo de atribuirle la capatacía universal en las cosas del mundo.

El mejor escudo de las soberanías, es su propio ser.

—Su excelencia el señor Secretario de Estado, abundó en elevados conceptos y con muy deferentes palabras, vivamente agradecidas, cerró la cordial entrevista.

Finalizó el doctor Herrera diciendo que con los conceptos vertidos, había querido marcar las líneas propias de *nuestra fisonomía cívica,* como expresión de nuestro sustancial nativismo y anti-intervencionismo, abonados en todas las etapas de la historia nacional.

[Una oratoria intimista]

Primero, que todo como corresponde a una persona cortés y al amigo, saludo con cariño a esta magnífica asamblea. Hay tantas señoras, señoritas y niños y en último lugar los hombres, como corresponde, que nos honran con su presencia en esta tarde realmente extraordinaria. Yo estoy aquí por placer y por deber también porque me enlazaron con el lazo del cariño los grandes compañeros Gamio y Palomeque.

Yo lo tengo que decir, señores, y estoy bien contento de haberme acercado aquí, porque es acercarme a la fuente de la soberanía y beber agua buena en los labios de la Democracia auténtica, señores. También estoy aquí y es como sacarme un número de recuerdos también extraordinarios. Aquí vivimos, convivimos, hicimos pobres soldaditos del General Aparicio Saravia.

En esta cancha anduvo la montonera gloriosa, esperando salir del corral que le habían hecho los arroyos crecidos, y la voluntad de esperar un golpe por el contrario y de aquí salió Saravia enterito como estaba, con menos gente pero con más gloria, señores. Pero hay cosas que están escritas más adentro de la memoria, en el cuero que uno lleva. Si hay por ahí todavía algún sobreviviente, lo saludo con emoción y le digo: se acuerda, compadre, lo que pasó el 14 de mayo de 1897.

Se acuerda Ud. que a las 11 y 25, paró la columna Camundá, clarín de siempre inolvidable, dio órdenes, y mandaron que se cambiara la reserva. Y un poco MATURRANGO, no tenía más reserva que el miedo y me acuerdo que al apretar la cincha de matungo pobrecito, me temblaba la mano, yo creo que no era disfraz, compañero. Al ratito se oyó un clamoreo allá lejos: "Mueran los blancos sarnosos". Nunca lo olvidaré, señores.

Sentí adentro como una reacción civilizada, eran los tiempos, era la guerra... Hay que perdonar todo eso. Y después nuestro querido coronel Lamas paseándose; nosotros echados de barriga en el suelo como los cobardes de siempre y el coronel paseándose con latiguito; con su uniforme, buscando la muerte. Eso son toros, señores. Así da gusto servir, señores. ¡Qué coronel Lamas! ¡que fi-

gura tan hermosa!, ¡tan esclarecida!, ¡tan abnegada!, ¡tan sacrificada!

Bien, camaradas; hoy, el deber también nos llama. — Ya no es el clarín glorioso de Camundá; es el clarín también glorioso de la libertad política del derecho que nos dice despacito, —no tenemos miedo ahora—, sonó la hora. — Bravos compañeros: a cumplir. — A no quedarse en la casa, que el día y la hora se están acercando; de aquí a un ratito nomás y que hay que ir con el papelito a poner lo que Uds. saben.

Y cierro estas deshilvanadas palabras, recordando también, que el día también oscuro para el derecho popular, cruzaba yo por esta zona, iba en auto y en eso, al galope frenó un caballo junto al auto un criollito macanudo, de unos 25 años: bien montado, con poncho de verano. Repleto de ideales bien vividos. Frenó el caballo, con el chambergo a la nuca y nos gritó: QUE LINDO ES SER BLANCO.

Es lindo ser blanco. A nosotros no nos manda nadie. — Nadie tiene esa desconfianza dentro de la conciencia y del deber. — Que sirva saber que el blanco no se deja llevar arrollado por uno que tiene autoridad; que le tiene que hacer un corte de manga y darse vuelta ser más blanco, a la salida que a la entrada.

SEÑORES, CAMARADAS: Me encuentro aquí, con los nietos, y hasta con los bisnietos, de los compañeros de aquella jornada. — Que consagren con su conducta los jóvenes de ahora, en el derecho y en la libertad y en el trabajo, los grandes ideales generosos, magníficos y esclarecidos de nuestro querido Partido Nacional. — Muchas gracias, señores, por vuestra generosidad infinita.

(Discurso de Caraguatá, "El Debate", 15-XI-1954).

[Un estilo de gobierno]

Quebrando una lanza

Por temperamento, soy muy "bichero". Me he criado en el campo y muy a gusto. Y esto de matar a los bichos porque sí no me parece bien aunque haya muchos bichos bravos entre los animales, pero sin embargo hay tantos en el mundo ¡y no los matamos!...

Aquí por ejemplo se permite matar a los tordos. ¿Por qué se les va a matar? Una de las cosas que a mí me sorprende y me da un poco de pena es la desaparición de alguna clase de huéspedes, Como los venados, por ejemplo, antes los había en manadas: ahora, casi extinguidos, se ven muy pocos. Lo mismo los "ñanduses", como dicen los paisanos han desaparecido y quedan unos pocos para que los vean los niños y sepan qué son. Antes habían bandadas interminables.

¿Por qué se fueron? Me doy cuenta que son pestes de la naturaleza. También las pajarerías tan lindas que había; ahora encontrarlas es una novedad y son "cajetillas" las que hay por ahí; antes, eran los "mixtos".

A los benteveos, también por esta reglamentación, se permite matarlos. Frente a la sala donde yo almuerzo, como si viniera a cobrar "su presupuesto" aparece un benteveo, pájaro lindo, sagaz, siempre acreedor de la cocina. ¿Por qué matarlos? Merecen ser "excepcionados".

Y si es verdad que hay animales dañinos también hay gente que camina peor...

Lo de la crucera está bien; las hay más que de sobra en el mundo. ¿A los carpinchos, por qué sacrificarlos si no hacen daño?; están al lado de los arroyos; inofensivos "bañistas".

Otorgarles "gracias" a algunos de estos animalitos, colegas de la vida, que no ofenden. Con algunos, no a todos, porque también la suave paloma es un animal que perjudica porque concluye con los sembrados".

("El Plata", 26-III-1958, crónica de una reciente sesión del Consejo Nacional de gobierno).

[Dos interpretaciones argentinas de Herrera]

Herrera y la filosofía política tradicional

El rasgo específico de las concepciones políticas modernas reside en el idealismo que emerge de una visión enteramente optimista de la naturaleza humana. En este aspecto, dichas ideas son tributarias de Rousseau, quien concibe que los hombres son de modo absoluto, buenos, altruistas e iguales. Si la observación de los hechos no confirma estas premisas, se debe a que las organizaciones políticas y sociales deforman a los hombres: adventiciamente los convierten en egoístas. La naturaleza humana, que Rosseau identifica con la razón, manifestaría su excelencia angelical si pudiera expresarse libre y naturalmente. Resulta forzoso, entonces, que el pensamiento moderno concluya siendo anarquista, pues si el hombre recobra su prístina bondad se volvería innecesaria la coacción del Estado; además, que termine siendo comunista, puesto que si recupera su altruísmo original, se suprimirían la propiedad privada y el interés personal como motores de la producción; por último, que acabe postulando una sociedad uniformada y cosmopolita, ya que si readquiere su igualdad primigenia, se extinguiría la diversificación de oficios, de estamentos profesionales y desaparecidas las diferencias entre los pueblos, surgiría una sola ciudad, una república universal.

Como consecuencia de tales presupuestos, el obrar político debe ser radical en los procedimientos y nihilista del pasado. Radical en los procedimientos, porque para que los hombres y las naciones se regeneren es preciso sustituir de raíz las estructuras sociales causantes de la esclavitud y de la desigualdad entre los hombres y entre los pueblos. Nihilista del pasado, porque la creación revolucionaria debe interrumpir el flujo de la historia sobre el presente y el porvenir. Una vez desligados los hombres de la rémora de la tradición y abatidas las formas sociales que los deprimen, el progreso de la civilización será un contínuo y automático devenir.

En cambio, el realismo, pensamiento político clásico de Occidente, cuyos elementos constructivos provienen de la religión de Israel, de la antropología filosófica griega y de la filosofía jurídica romana, considera que el hombre es un ser en distensión permanente entre los requerimientos de sus pasiones egoístas y los imperativos de la conciencia que le señalan el bien que debe perseguir con su obrar social. Por eso considera legítimo que la comunidad política tenga potestad directiva y coactiva sobre sus miembros. Por la misma razón, reconoce que el incentivo individual y la propiedad privada constituyen los mejores propulsores de la riqueza social;

pero por ello también sabe que ese móvil egoísta no puede dejárselo desenfrenado, sino que se lo debe contralorear, encauzar, limitar, para que las personas emprendedoras no exploten a las económicamente débiles, y para que los bienes que contribuyen a crear con sus actividades e iniciativas sean repartidos equitativamente entre todos. Aprecia asimismo las diferencias naturales de los individuos que conforman las aptitudes profesionales y las funciones sociales; y las de los pueblos que animan las vocaciones privativas de cada una de las naciones en el concierto del mundo; — el cumplimiento de estas misiones peculiares va decantando en la historia el núcleo valioso de las respectivas tradiciones nacionales.

Por tanto, el obrar político, según el realismo, debe acomodarse a las circunstancias históricas y locales, y se debe tender al desarrollo orgánico de cada ser nacional. El progreso de la civilización, que como Baudelaire lo ha visto bien "consiste en la disminución de los trazos del pecado original", es lento, con altibajos, impuesto al egoísmo de los hombres y de las naciones por incitaciones morales y religiosas, y por presiones jurídicas y políticas.

Mas el idealismo ingenuo sólo vive en el mundo de las ideas abstractas, ya que no tiene vigencia en la realidad práctica. La gravedad de esta posición política estriba en que los idealistas ingenuos —los "ideólogos" según los motejaba Napoleón— contribuyen a que sus países sean presas de aquellos que actúan movidos por intereses nacionales, y como cebo de propaganda esgrimen principios altruistas y justos, que encuentran eco en la conciencia colectiva porque si bien cuando se trata de sus intereses el hombre no se comporta siempre con respecto a los demás según los dictados de la recta conciencia, con ellos, eso sí, juzga invariablemente la conducta ajena.

Que yo sepa, es usted el más vigoroso pensador realista que presenta el retablo de las ideas políticas de la América hispana contemporánea. No es que haya expuesto sistemáticamente la filosofía política clásica, tarea en cierto modo sencilla, que puede ejecutar quien expone con fidelidad el despliegue de las ideas de Aristóteles y sus comentaristas medioevales San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, de Maquiavelo, de Burke, de Taine y su gran discípulo Maurice Barrès. Su empresa señera consistió en esto: dirigió, diríamos así, la verdad filosófica de esa línea de pensamiento, y la hizo renacer aplicada en una doctrina política adecuadamente nacional.

A partir de su libro *La Revolución francesa y Sud América*, que constituye la clave de su pensamiento, y en el que recoge las puntas de los hilos intelectuales que entretejen nuestra historia rioplatense, se ha empeñado usted en formar una doctrina política de cuerpo vernáculo y alma clásica. Sus libros, ya sean políticos, diplomáticos o históricos; la exposición de sus ideas económicas y pedagógicas; sus discursos enunciadores de una concepción realista de las constituciones, y hasta la adopción de refranes, moralejas y epigramas criollos, imbuidos del sentido estoico-cristiano de la vida que nos viene de España, obedecieron al sobreindicado designio de vertebrar un ideario político peculiarmente nacional pero animado del más genuino clasicismo occidental. No es a mí a quien incumbe mencionar su rectilínea y titánica militancia política encaminada a que ese repertorio de ideas fructifique en la realidad política uruguaya; tampoco me corresponde medir la parte de esfuerzo suyo que hay en la consolidación de la envidiable paz política de su país. La concordia civil, dicho sea de pasada, es el supremo bien de una nación, y su logro prueba que ha alcanzado la madurez política.

(Arturo Enrique Sampay,
"Las inflaciones de nuestra época",
Buenos Aires, 1958.

Herrera, liberal-nacional

Fue el representante del Uruguay agrario, en cierto modo pre-capitalista, enfrentado a los intereses y a la ideología de Montevideo, gran ciudad portuaria, cosmopolita y comercial, cuya expresión política más destacada fue José Batlle y Ordóñez. Ese divorcio constituyó la base de los equívocos que rodearon el nombre de Herrera y de la incomprensión de que fue objeto por parte de la "inteligencia" montevideana, que a semejanza de la de Buenos Aires, se resistía en otros tiempos a penetrar en la tradición criolla y a integrarse políticamente con el "hinterland". Así fue como se atribuyeron a Herrera elementos ideológicos arbitrarios: se le consideró católico, fascista y reaccionario, cuando en verdad, como se desprende de las páginas que habrán de leerse, fue esencialmente un liberal-nacional, un hispanoamericano y un neutralista frente a la guerra imperialista de los opresores comunes. Fue también, y esta es una de sus grandes contradicciones, que refractaron en su personalidad el carácter monstruoso de la balcanización, un amigo de los ingleses, un "nacionalista uruguayo" más que un nacionalista latinoamericano y un convencido de que el drama de la Nación Uruguaya, a pesar de ser un drama, era un hecho irreversible. En su poderosa personalidad, como en la de Batlle y Ordóñez, sin embargo, está la cifra del pasado oriental y también el punto de partida para la historia por venir.

(Editorial Coyoacán, dirigida por
Jorge Abelardo Ramos, Buenos Aires, 1961).

A la luz de los textos más significativos, relacionados con la política internacional y los problemas internos del país, se dibuja la compleja personalidad del caudillo.



Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel). Setiembre de 1969.